

Déjate  
arrastrar por  
el juego de  
la seducción

# Ochenta melodías de pasión en amarillo

Vina Jackson

Estimulante, seductora, atrevida...



MAEVA

Vina Jackson

# Ochenta melodías de pasión en amarillo

Déjate arrastrar por el juego de la seducción

*Traducción:*

ESTHER ROIG



MAEVA

# 1

## *Una chica y su violín*

**L**a culpa la tiene Vivaldi.

Más concretamente, mi CD de *Las cuatro estaciones* de Vivaldi. Ahora está boca abajo en la mesilla de noche, junto al cuerpo de mi novio, que ronca suavemente.

Tuvimos una pelea cuando Darren llegó a casa a las tres de la madrugada después de un viaje de negocios y me encontró tumbada en el suelo de madera del cuarto de estar, desnuda, con el concierto sonando todo lo alto que permite su sistema de sonido envolvente. A todo volumen.

El movimiento *presto* del «Verano», el concierto número 2 en sol menor, estaba alcanzando su punto culminante, cuando de repente Darren abrió la puerta.

No me di cuenta de que había vuelto hasta que noté cómo la suela de su zapato se apoyaba sobre mi hombro derecho y me daba pataditas. Abrí los ojos y lo vi inclinado sobre mí. Luego me di cuenta de que había encendido las luces y de que el CD había enmudecido abruptamente.

–¿Se puede saber qué haces? –dijo.

–Escuchar música –contesté con un hilillo de voz.

–¡Eso ya lo oigo! ¡Lo he oído desde la calle! –gritó.

Darren había estado en Los Ángeles y, para alguien que acababa de hacer un vuelo tan largo, parecía muy descansado. Todavía llevaba parte de su traje de ejecutivo: una camisa blanca impoluta, cinturón de piel, pantalones azul marino a rayas muy finas; la americana a juego colgada del brazo. Aún agarraba el asa de su maleta con ruedas. Aunque por el volumen de la música yo no me había enterado, debía de estar lloviendo fuera, porque la maleta estaba empapada y goteaba por los lados sobre el suelo, junto a mi muslo. Darren tenía los bajos del pantalón mojados y pegados a las pantorrillas, donde no habría alcanzado la protección del paraguas.

Volví la cabeza hacia su zapato y me topé con un par de dedos de pantorrilla húmeda. Oía a almizcle, en parte a sudor, en parte a lluvia, y también a betún y a cuero. Unas cuantas gotas cayeron desde su zapato a mi brazo.

Vivaldi siempre ha ejercido un efecto muy particular en mí, y ni la hora ni la cara de enfado de Darren lograron enfriar la sensación que invadió súbitamente mi cuerpo y que hacía hervir la sangre de mis venas tal y como lo había hecho la música.

Me giré dejando que su zapato siguiera pisando levemente mi brazo derecho y subí la mano izquierda por la pernera de su pantalón.

Retrocedió inmediatamente, como si le hubiera quemado, y meneó la cabeza.

—¡Por Dios, Summer!

Arrastró la maleta y la dejó pegada a la pared, junto al estante de los CDs, quitó *Las cuatro estaciones* del reproductor y luego se fue a su habitación. Me planteé levantarme y seguirlo, pero decidí que no. Mientras estuviera desnuda no tenía ninguna posibilidad de ganar en una discusión con Darren. Confiaba en que si me quedaba tumbada y quieta, con la esperanza de que mi cuerpo desnudo

se mimetizara con el suelo de madera si yacía horizontalmente en lugar de ponerme de pie, mi invisibilidad apaciguaría su ira.

Darren colgó la americana y oí el ruido de la puerta del armario al abrirse y el familiar golpeteo de las perchas de madera. En los seis meses que llevábamos juntos, no le había visto ni una sola vez tirar un abrigo encima de una silla o dejarlo en el respaldo de un sofá, como haría cualquier persona normal. Él colgaba la americana directamente en el armario, luego se sentaba para descalzarse, después se quitaba los gemelos, se desabrochaba la camisa y, acto seguido, la metía en el cesto de la ropa sucia. A continuación, se desprendía del cinturón y lo colgaba en la barra del armario, junto a otra media docena de cinturones de diferentes y discretas tonalidades de azul marino, negro y marrón. Usaba calzoncillos de diseño del estilo que más me gusta en los hombres, unos pantaloncitos de algodón elástico con una cinturilla ancha. Me encantaba cómo se le ajustaban al cuerpo; le quedaban tentadoramente prietos, aunque para mi decepción siempre se echaba algo por encima y nunca se paseaba por la casa en ropa interior. La desnudez ofendía a Darren.

Nos conocimos en verano en un concierto que para mí significaba mucho. Uno de los violinistas incluidos en el programa se puso enfermo y, en el último minuto, me llamaron para tocar en la orquesta una pieza de Arvo Pärt que odiaba. La encontraba espasmódica y monótona, pero con tal de tocar música clásica en un escenario real, aunque fuera un escenario pequeño, habría interpretado a Justin Bieber y conseguido que pareciera que estaba disfrutando. Darren estaba entre el público y se quedó entusiasmado. Tenía debilidad por las pelirrojas. Más tarde me

dijo que el ángulo del escenario le impedía verme la cara, pero que tenía una estupenda vista de la parte superior de mi cabeza. Me dijo que mi cabello resplandecía a la luz del escenario como si estuviera en llamas. Compró una botella de champán y utilizó sus contactos con los organizadores del concierto para venir a verme entre bastidores.

No me gusta el champán, pero me lo bebí de todos modos, porque Darren era alto y guapo y lo más parecido que he tenido en mi vida a un fan auténtico.

Le pregunté qué habría hecho si me hubieran faltado los dientes delanteros o si no hubiera sido su tipo en cualquier otro aspecto, y me contestó que habría probado suerte con la percusionista, que no era pelirroja pero sí muy guapa.

Unas horas después, estaba borracha y tumbada boca arriba en su habitación de Ealing, preguntándome cómo había acabado en la cama con un hombre que antes de echarse encima de mí había colgado la americana y había colocado sus zapatos cuidadosamente en su sitio. De todos modos, tenía un buen miembro y un piso bonito, y aunque al final resultó que detestaba toda la música que a mí me encantaba, pasamos juntos casi todos los fines de semanas de los meses siguientes. Por desgracia, a mi modo de ver, no dedicamos buena parte de ese tiempo a estar en la cama, y sí a ver exposiciones de arte muy intelectuales que a mí no me gustaban y que, estaba convencida de ello, Darren no entendía.

Los hombres que me veían tocar en locales convencionales de música clásica, en lugar de pubs y estaciones de metro, solían cometer el mismo error que cometió Darren: atribuirme todos los rasgos que asociaban con una violinista clásica. Debía ser educada, convencional, culta, sofisticada, femenina y distinguida, y tener el armario lleno de vestidos de noche sencillos y elegantes para lucir en el escenario, ninguno de ellos vulgar ni demasiado escotado.

Llevaría zapatos de tacón no muy alto y caminaría inconsciente del efecto que producían mis esbeltos tobillos.

En realidad, solo tenía un vestido largo negro formal para los conciertos, que compré por diez libras en una tienda de Brick Lane y que había llevado a arreglar a una costurera. Era de terciopelo, poco escotado por delante y mucho por detrás, pero el día que conocí a Darren estaba en la tintorería, así que tuve que comprarme un vestido ceñido en Selfridges con la tarjeta de crédito, y esconder las etiquetas bajo la ropa interior. Por suerte, Darren era un amante pulcro y no había dejado manchas ni en mí ni en el vestido, que pude devolver al día siguiente.

Yo tenía mi propio piso, donde dormía durante la semana, en un edificio de apartamentos de Whitechapel. Era un piso amueblado, o más bien una habitación grande, con una cama individual de buen tamaño, una barra que hacía las veces de armario, un pequeño lavabo, una nevera y una cocina. El baño estaba en el rellano. Lo compartía con otros cuatro inquilinos, con los que tropezaba de vez en cuando pero a los que generalmente no veía.

A pesar de la situación y del edificio destartado, no habría podido permitirme pagar ese alquiler de no haber llegado a un acuerdo con el inquilino oficial, a quien conocí una noche en un bar tras una visita nocturna al British Museum. Nunca me aclaró por qué estaba dispuesto a alquilar la habitación por menos de lo que él pagaba. Yo imaginaba que bajo el suelo de madera había un cadáver o un alijo de polvo blanco. Y por las noches, cuando estaba acostada, a menudo esperaba oír los pasos rápidos de los Geos en el rellano.

Darren no había estado nunca en mi piso, en parte porque me daba la impresión de que sería incapaz de poner los pies en él sin desinfectar previamente toda la finca, y en parte porque me gustaba tener una porción de mi vida

que me perteneciera solo a mí. Supongo que en el fondo sabía que nuestra relación no iba a durar, y no quería vérmelas con un amante despedido que se pusiera a lanzar piedras a mi ventana en mitad de la noche.

Más de una vez me había propuesto que me mudara con él y ahorrara el dinero que gastaba en el alquiler para comprar un violín mejor o pagarme más clases de música, pero yo me negaba. No soporto vivir con nadie, y menos con mis amantes, y preferiría ganar dinero pluriempleada en una esquina a que me mantuviera un novio.

Oí el suave chasquido de su caja de gemelos al cerrarse, cerré los ojos y apreté las piernas intentando volverme invisible.

Regresó al salón y pasó por mi lado camino de la cocina. Oí el chorro del grifo del fregadero, el suave siseo del gas al encenderse y, unos minutos después, el silbido del hervidor. Darren tenía uno de esos hervidores modernos pero con forma antigua que había que calentar al fuego hasta que silbaba. Nunca entendí por qué no se compraba uno eléctrico, pero él aseguraba que el agua sabía mejor, y que un buen té debía hacerse hirviendo el agua como es debido. No bebo té. Solo el olor me pone enferma. Tomo café, pero Darren se negaba a preparármelo después de las siete, porque me desvelaba, y decía que mi agitación nocturna no le dejaba dormir.

Me relajé en el suelo, controlando la respiración, haciendo un esfuerzo de concentración para permanecer perfectamente inmóvil, como un cadáver, y fingí que estaba en otra parte.

—Cuando te pones así no puedo hablar contigo, Summer. —Su voz llegó de la cocina, incorpórea. Era una de las cosas que más me gustaban de él, la sonoridad de su

acento de colegio privado, a veces suave y cálido, y otras frío y duro. Sentí un calor repentino entre los muslos y apreté las piernas con toda la fuerza que pude, recordando que Darren había puesto una toalla debajo la única vez que nos enrollamos en el suelo del salón. No soportaba el desorden.

–¿Así, cómo? –contesté, sin abrir los ojos.

–¡Así! ¡Desnuda y tumbada en el suelo como si estuvieras majara! Levántate y ponte algo, joder.

Tomó los últimos sorbos de su taza de té y, oyendo cómo el té bajaba suavemente por su garganta, me imaginé cómo sería que se arrodillara con su boca entre mis piernas. Solo de pensarlo me ruboricé.

Darren casi nunca bajaba entre mis piernas a menos que me hubiera duchado cinco minutos antes, y aun entonces sus lametones eran inciertos, y el dedo sustituía a la lengua a la mínima posibilidad que se le presentaba de hacerlo educadamente. Prefería utilizar solo un dedo y no reaccionó bien la vez que bajé mi mano e intenté guiar dos dedos más de su mano dentro de mí.

–¡Por favor, Summer! –exclamó–. Si sigues, se te dará de sí.

Entonces se fue a la cocina a lavarse las manos con lavavajillas antes de volver a la cama y dormirse dándome la espalda mientras yo contemplaba el techo. Por los vigorosos sonidos de las salpicaduras, parecía que se estuviera lavando hasta los codos, como un veterinario en prácticas segundos antes de ayudar a nacer a un ternero, o un sacerdote a punto de realizar un sacrificio.

Nunca más intenté animarlo a utilizar más de un dedo.

Darren dejó la taza en el fregadero y pasó por mi lado camino del dormitorio. Esperé un momento a que desapareciera de mi vista antes de levantarme, avergonzada con la idea de lo que debía parecerle desnuda en el suelo,

aunque para entonces ya había salido totalmente de mi ensueño inducido por Vivaldi y empezaba a sentir las extremidades doloridas y frías.

–Cuando quieras ven a la cama –gritó.

Escuché cómo se desnudaba y se metía en la cama, me puse la ropa interior y esperé a que su respiración se apaciguara antes de meterme bajo las sábanas.

La primera vez que escuché *Las cuatro estaciones* de Vivaldi tenía cuatro años. Mi madre y mis hermanos habían ido a pasar el fin de semana con la abuela. Yo me había negado a marcharme sin mi padre, que no podía ir porque tenía que trabajar. Me agarré a él y aullé mientras mis padres intentaban meterme en el coche, hasta que se dieron por vencidos y permitieron que me quedara.

En lugar de dejarme en la guardería, mi padre me llevó con él a trabajar. Pasé tres días magníficos de libertad casi total correteando por su taller, trepando por las pilas de neumáticos y aspirando el olor a goma mientras lo veía levantar con el gato coches de otras personas y deslizarse debajo de modo que solo se le veían las piernas y la cintura. Siempre me quedaba cerca porque me daba un miedo terrible que un día el gato fallara y el coche le cayera encima y lo partiera por la mitad. No sé si era arrogancia o estupidez, pero incluso a aquella edad creía que sería capaz de salvarlo, que con la cantidad de adrenalina suficiente sería capaz de sostener la carrocería del coche unos segundos para que mi padre pudiera escapar.

Cuando terminaba el trabajo, subíamos a su camioneta y volvíamos a casa, parando para comprar un helado por el camino, a pesar de que normalmente no me estuviera permitido tomar el postre antes de la cena. Mi padre siempre lo pedía de ron y pasas, mientras que yo elegía

un sabor diferente cada vez, o a veces dos medias bolas de dos clases distintas.

Una noche que no podía dormir fui al salón y lo encontré tumbado boca arriba a oscuras, como si estuviera dormido, pero respirando normalmente. Había metido en casa el tocadiscos del garaje y oí el suave chirrido de la aguja a cada vuelta sobre el disco.

–Hola, hija –dijo.

–¿Qué haces? –pregunté.

–Escucho música –contestó, como si fuera lo más normal del mundo.

Me eché a su lado para sentir el calor de su cuerpo cerca de mí y el suave aroma de caucho nuevo mezclado con un jabón fuerte de manos. Cerré los ojos y permanecí inmóvil, hasta que el suelo pronto desapareció y lo único que existía en el mundo era yo, suspendida en la oscuridad, y el sonido de *Las cuatro estaciones* de Vivaldi en el tocadiscos.

Más tarde, le pedí a mi padre que pusiera el disco una y otra vez, quizá porque creí que me habían llamado Summer (Verano) por uno de los movimientos, una teoría que mis padres nunca confirmaron.

Mi entusiasmo fue tal que por mi cumpleaños mi padre me compró un violín y me apuntó a unas clases. Siempre había sido una niña más bien impaciente y autónoma, de las que no parecen predispuestas a hacer cursos extraescolares o aprender música, pero estaba deseando, más que nada en el mundo, tocar algo que me hiciera volar, como aquella primera noche que escuché a Vivaldi. De modo que, en cuanto puse mis manitas sobre el arco y el instrumento, ensayé todas las horas del día.

A mi madre empezó a preocuparle que me estuviera obsesionando, y quiso quitarme el violín, alejarlo de mí una temporada, para que me dedicara al resto de mis tareas

escolares, y quizá también hiciera algún amigo, pero me negué en rotundo a soltar mi instrumento. Con el arco en la mano, me sentía como si fuera a despegar en cualquier momento. Sin él no era nada, un mero cuerpo como cualquier otro, soldado a la tierra como una piedra.

Avancé rápidamente por los niveles básicos de la música, y a los nueve años tocaba muy por encima de la capacidad que mi asombrada profesora de música de la escuela podía concebir.

Mi padre me apuntó a más clases con el señor Hendrik van der Vliet, un holandés mayor que vivía a dos calles de nuestra casa y apenas salía. Era un hombre alto y exageradamente flaco, que se movía sin gracia, como si estuviera atado a unos hilos, desplazando una sustancia que fuera más densa que el aire, como un saltamontes nadando en miel. Cuando agarraba el violín, su cuerpo se volvía líquido. Observar los movimientos de su brazo era como observar las olas del mar. La música fluía dentro y fuera de él como una marea.

A diferencia de la señora Drummond, la profesora de música de la escuela, que se mostraba asombrada y desconfiada ante mis progresos, el señor Van der Vliet era inmovible. Apenas hablaba y nunca sonreía. Aunque mi pueblo, Te Aroha, tenía pocos habitantes, muy poca gente lo conocía y, que yo supiera, no tenía más alumnos que yo. Mi padre me contó que había tocado con la Orquesta Real Concertgebouw de Ámsterdam bajo la dirección de Bernard Haitink y que abandonó su carrera de músico y se fue a vivir a Nueva Zelanda cuando conoció a una neozelandesa en uno de sus conciertos. Ella murió en un accidente de tráfico el día que yo nací.

Como Hendrik, mi padre era un hombre callado, pero interesado en las personas, y conocía a todo el mundo en Te Aroha. Tarde o temprano, incluso a la persona más huraña se le acababa pinchando una rueda, ya estuviera

montada en un coche, en una moto o en un cortacésped, y mi padre, que tenía fama de aceptar hasta la reparación más insignificante, dedicaba bastante tiempo a hacer trabajos para los habitantes del pueblo, incluido Hendrik, que un día entró en su taller para que le arreglara una rueda de la bici y salió con una alumna de violín.

Yo sentía una curiosa lealtad hacia el señor Van der Vliet, como si de algún modo fuera la responsable de su felicidad, al haber llegado al mundo el mismo día que su esposa lo había abandonado. Me sentía obligada a complacerlo, y bajo su tutela ensayaba y ensayaba hasta que los brazos me dolían y tenía las puntas de los dedos en carne viva.

En la escuela, ni tenía muchos amigos ni era una proscrita. Sacaba notas siempre alrededor de la media y pasaba desapercibida en todos los sentidos, menos en música, donde mis clases extraescolares y mi aptitud me situaban muy por delante de mis compañeros. Durante la hora de música, la señora Drummond me ignoraba, quizá temiendo que mis conocimientos despertaran los celos de mis compañeros o les hicieran sentir ineptos.

Cada noche iba al garaje y tocaba el violín, o escuchaba discos, normalmente a oscuras, navegando mentalmente por el canon clásico. A veces mi padre me acompañaba. No solíamos hablar, pero yo siempre me sentía unida a él a través de la experiencia compartida de escuchar, o quizá por nuestra mutua rareza.

Evitaba las fiestas y no me relacionaba mucho. En consecuencia, las experiencias sexuales con chicos de mi edad eran limitadas. Sin embargo, incluso antes de entrar en la adolescencia, sentía un desasosiego interno que representaba el inicio precoz de lo que más adelante sería un considerable apetito sexual. Tocar el violín parecía agudizar mis sentidos. Era como si las distracciones se ahogaran en el sonido y todo lo que no fueran las sensaciones de mi cuerpo

desapareciera en la periferia de mi percepción. Al entrar en la adolescencia empecé a asociar esta sensación con la excitación. No entendía por qué me excitaba tan fácilmente, ni por qué la música ejercía un efecto tan poderoso sobre mí. Siempre me preocupó que mi deseo sexual fuera anormalmente alto.

El señor Van der Vliet me trataba más como si fuera un instrumento que una persona. Me colocaba los brazos en posición o me ponía una mano en la espalda para enderezarme la columna, como si estuviera hecha de madera y no de carne. Parecía totalmente inconsciente de su contacto, como si yo fuera una extensión de su propio cuerpo. Siempre fue absolutamente casto, y a pesar de esto, de su edad y de su olor ligeramente agrio y su cara huesuda, empecé a sentir algo por él. Era de una altura insólita, más alto que mi padre, quizá metro noventa y cinco, y me miraba desde muy arriba. Al final de mi desarrollo, yo medía metro sesenta y cuatro. A los trece años, mi cabeza apenas le llegaba al torso.

Empecé a esperar con ilusión nuestras clases por razones que no eran solo el placer de perfeccionar mi forma de tocar. De vez en cuando fingía ejecutar mal una nota o hacía un movimiento patoso con mi muñeca con la esperanza de que me tocara la mano para corregirme.

–Summer –me dijo un día en voz baja–, si sigues haciendo eso no te daré más clases.

No volví a tocar una nota falsa.

Hasta aquella noche, unas horas antes de que Darren y yo nos peleáramos por *Las cuatro estaciones*.

**H**abía estado en un bar de Camden Town, tocando con un grupo con aspiraciones de banda de rock blues, cuando

de repente se me paralizaron los dedos y me salté una nota. Ninguno de los miembros de la banda se dio cuenta, y aparte de un grupo de fans incondicionales que estaban allí por Chris, el cantante y guitarrista, la mayor parte del público no nos hacía ningún caso. Era un miércoles por la noche, y la clientela era peor que la de los borrachos de la noche del sábado, porque, aparte de los seguidores del grupo, los clientes habían ido al bar a tomar una cerveza y charlar tranquilamente y no prestaban atención a la música. Chris me dijo que no debía preocuparme.

Él tocaba la viola además de la guitarra, aunque había abandonado bastante el primer instrumento para intentar crear una música más comercial con el segundo. Ambos éramos músicos de cuerda de vocación y por este motivo habíamos congeniado muy bien.

–A todos nos pasa algún día, cariño –dijo.

Pero a mí no. Me sentía humillada.

Dejé a la banda en el pub sin tomar una copa con ellos y fui al metro para ir a Ealing, al piso de Darren, del que tenía llave. Me había confundido con el horario de su avión, y creía que viajaría en el vuelo nocturno y llegaría más tarde, por la mañana, e iría directamente a la oficina sin pasar por casa, lo que me daba la oportunidad de dormir en una cama cómoda toda la noche y escuchar un poco de música. Otro de los motivos por los que seguía saliendo con él era la calidad de su equipo de música, y que tuviera suficiente espacio en el suelo del salón para tumbarse. Era una de las pocas personas que conocía que todavía tenía un equipo estéreo, con reproductor de CDs, y en mi piso no había espacio suficiente para tumbarse en el suelo, a menos que metiera la cabeza en el armario de la cocina.

Tras unas horas escuchando a Vivaldi, concluí que aquella relación, por agradable que fuera en general, estaba estrangulando mi impulso creativo. Seis meses de arte

encorsetado, música encorsetada, barbacoas encorsetadas con otras parejas encorsetadas y sexo encorsetado me habían dejado con la sensación de estar atada a una cadena que yo misma me había puesto al cuello, con un nudo.

Debía encontrar la manera de soltarme.

Normalmente Darren tenía el sueño ligero, pero después de un vuelo desde Los Ángeles tomaba Nytol para evitar el *jet lag*. Vi el envoltorio brillando en la soledad de la papelería. Incluso a las cuatro de la madrugada, se había molestado en tirarlo en lugar de dejarlo sobre la mesilla hasta el día siguiente.

El CD de Vivaldi estaba boca abajo junto a la lámpara. Para Darren, dejar un CD fuera del estuche era la máxima expresión de protesta. A pesar del Nytol, me sorprendía que hubiera conseguido dormirse, con el CD a la intemperie, ensuciándose.

Me levanté antes de que amaneciera, habiendo dormido solo un par de horas, y le dejé una nota en la cocina: «Perdona por el ruido. Que duermas bien. Ya te llamaré, etc.», escribí.

Tomé la Central line del metro en dirección al West End sin saber muy bien adónde iba. Mi piso siempre estaba hecho un asco, y no me gustaba ensayar allí demasiado a menudo porque las paredes eran finas y me preocupaba que los inquilinos de los apartamentos contiguos se cansaran del ruido, por agradable que a mí me pareciera. Mis manos estaban deseando tocar, aunque solo fuera para desahogar las emociones que había ido acumulando desde la noche anterior.

El metro estaba lleno a rebosar cuando llegué a Shepherd's Bush. Me había quedado en un extremo del vagón, apoyada contra uno de los asientos tapizados, al lado de

la puerta, porque era más fácil que sentarse con el estuche del violín entre las piernas. Estaba aplastada por una multitud de oficinistas sudados, que abarrotaban aún más el vagón en cada nueva estación, y todos parecían tremendamente infelices.

Todavía llevaba puesto el vestido largo negro de terciopelo de la actuación de la noche anterior, con unas Dr Martens de piel de color cereza. En las actuaciones de música clásica me ponía tacones, pero prefería volver a casa con las botas porque sentía que añadían un contoneo amenazador a mi paso cuando caminaba por el East End a altas horas de la noche. Me enderecé, con la barbilla alta, imaginando que, vestida así, la mayoría de la gente del vagón o al menos los que podían verme entre la multitud, sospechaban que volvía a casa después de un ligue de una noche.

A la mierda. Ojalá estuviera volviendo a casa después de un ligue de una noche. Con los viajes que hacía Darren, y yo que tocaba en todas las actuaciones que me ofrecían, llevábamos casi un mes sin tener relaciones sexuales. Y cuando las teníamos, casi nunca me corría, y si lo hacía era tras unas caricias apresuradas y avergonzadas con las que yo intentaba alcanzar el orgasmo mientras me preocupaba que mi masturbación después de un polvo le hiciera sentir incompetente. Aún así, a pesar de todo, me masturbaba, porque era o eso o pasar las siguientes veinticuatro horas con los nervios a flor de piel y sintiéndome desdichada.

En Marble Arch subió un obrero de la construcción. Para entonces el extremo del vagón estaba abarrotado, y los demás pasajeros pusieron mala cara cuando intentó hacerse sitio junto a la puerta, frente a mí. Era alto, con extremidades musculosas y gruesas, y tuvo que agacharse un poco para que las puertas pudieran cerrarse.

–Hagan sitio, por favor –gritó un pasajero con una voz cortés, pero tensa.

Nadie se movió.

Soy una persona educada y moví el estuche del violín para hacer sitio, dejando mi cuerpo libre de obstáculos y directamente frente al hombre musculoso.

El tren arrancó con una sacudida, desequilibrando a los pasajeros. El hombre salió disparado hacia delante y yo enderecé la espalda para no perder el equilibrio. Por un momento sentí su pecho apretándose contra mí. Llevaba una camiseta de algodón de manga larga, un chaleco de seguridad y vaqueros lavados a la piedra. No estaba gordo, pero era robusto, como un jugador de rugby fuera de temporada, estaba estrujado en el vagón con el brazo estirado para agarrar la barra del techo, y todo lo que llevaba parecía irle ligeramente pequeño.

Cerré los ojos y me imaginé cómo sería debajo de los vaqueros. No había podido verlo por debajo de la cintura al entrar, pero la mano que agarraba la barra del techo era grande y gruesa, así que supuse que lo mismo podía aplicarse al bulto de los vaqueros.

Entramos en Bond Street y una rubia menuda con una expresión decidida en la cara, se dispuso a entrar a la fuerza.

Un pensamiento fugaz: ¿saldría el tren de nuevo de la estación con una sacudida?

Lo hizo.

«Musculitos» cayó contra mí y, sintiéndome atrevida, empujé hacia delante los muslos con fuerza y noté que su cuerpo se ponía tenso. La rubia empezó a retorcerse intentando sacar un libro del bolso y clavó el codo en la espalda del obrero de la construcción. El hombre se acercó más a mí para hacerle sitio, o quizá simplemente le gustaba la proximidad de nuestros cuerpos.

Apreté más fuerte los muslos.

El vagón dio otra sacudida.

Se relajó.

Ahora su cuerpo estaba firmemente pegado contra el mío, y envalentonada por nuestra aparentemente fortuita proximidad, me apoyé solo un poquito, empujando la pelvis hacia fuera de manera que el botón de sus vaqueros hiciera presión contra mi sexo.

Soltó la mano de la barra del techo y la apoyó en la pared por encima de mi hombro, de modo que estábamos prácticamente abrazados. Me imaginé que sentía su respiración entrecortada y el corazón acelerado, aunque cualquier ruido que hubiera hecho se habría apagado con el sonido del tren corriendo por el túnel.

Me latía el corazón con fuerza y sentí una punzada súbita de miedo, pensando que había ido demasiado lejos. ¿Qué haría si me dirigía la palabra? ¿O si me besaba? Me pregunté cómo sería sentir su lengua en mi boca, si sería bueno besando, si era la clase de hombre que metería y sacaría la lengua de forma horrible, como un lagarto, o si sería de los que me apartaría los cabellos y me besaría lentamente, como si me saboreara.

Sentí una humedad cálida entre las piernas y me di cuenta, con una mezcla de vergüenza y placer, de que se me habían mojado las bragas. Por suerte había resistido el deseo de salir en plan fugitiva aquella mañana y había encontrado unas bragas en casa de Darren.

Musculitos estaba volviendo la cara hacia mí, intentando mirarme a los ojos, y yo mantuve la mirada baja y el rostro impassible, como si la presión de su cuerpo contra el mío no tuviera nada de especial y aquella fuera mi forma habitual de viajar en el metro.

Temiéndome lo que sucedería si continuaba mucho más tiempo atrapada entre la pared del vagón y aquel

hombre, me agaché para pasar por debajo de su brazo y bajé del vagón en Chancery Lane sin mirar atrás. Momentáneamente me pregunté si me seguiría. Yo llevaba un vestido; Chancery Lane era una estación poco transitada; tras nuestro intercambio en el vagón, podía proponer toda clase de gestas anónimas y eróticas. Pero el tren se marchó y el tiarrón se fue con él.

Tenía la intención de doblar a la izquierda al salir de la estación y dirigirme a un restaurante francés de la esquina donde hacían los mejores huevos Benedict que había probado desde que me fui de Nueva Zelanda. La primera vez que comí allí, le dije al chef que preparaba el desayuno más delicioso de Londres, y él me contestó que ya lo sabía. Entiendo por qué a los londinenses no les caen bien los franceses; son unos engreídos, pero a mí me gustan, y volvía siempre que podía al mismo restaurante para comer unos huevos Benedict.

Pero aquella vez estaba demasiado aturullada para recordar el camino y doblé a la derecha en lugar de a la izquierda. De todos modos el restaurante francés no abría hasta las nueve. Podía encontrar un lugar tranquilo en Grey's Inn Gardens, quizá tocar un poco antes de volver al restaurante.

Bajando por la calle y buscando el camino que llevaba al parque, me di cuenta de que estaba delante de un club de *striptease* al que fui pocas semanas después de llegar a Inglaterra. Había ido con una amiga, una chica con quien trabajé un tiempo mientras viajaba por el Territorio del Norte de Australia y con la que coincidí de nuevo en un albergue de juventud la primera noche que estuve en Londres. Ella había oído que bailar era la forma más fácil de ganar dinero en la ciudad. Trabajabas en locales sórdidos un par de meses más o menos y luego ya encontrabas empleo en uno de los bares elegantes de Mayfair, donde

las celebridades y los futbolistas te metían fajos de billetes en el tanga como si fueran confeti.

Charlotte me había llevado con ella a inspeccionar el local y ver si podía encontrar empleo. Me decepcionó que el hombre que nos recibió en la entrada con moqueta roja no nos llevara a una habitación llena de mujeres escasamente vestidas meneando las caderas sino que nos llevara a su despacho, que estaba detrás de una puerta, en un lateral.

Le preguntó a Charlotte qué experiencia tenía; ninguna, exceptuando cuando se subía a bailar a las mesas en los clubes nocturnos. Después la miró de arriba abajo, como un yóquey evaluando un caballo en una subasta.

Entonces me miró a mí de arriba abajo.

–¿Tú también buscas trabajo, guapa?

–No, gracias –contesté–. Ya tengo. Solo la acompaño.

–Aquí no toca nadie a nadie. Si intentan algo los echamos inmediatamente –añadió, esperanzado.

Negué con la cabeza.

Si hubiera considerado brevemente vender mi cuerpo por dinero, si no fuera por los riesgos que comporta, habría preferido la prostitución. No sé por qué, pero me parecía más honesto. El *striptease* lo veía como algo artificioso. ¿Por qué ir tan lejos y no llegar hasta el final? En cualquier caso, decidí que necesitaba las noches libres para las actuaciones, y necesitaba un empleo que me dejara suficiente energía para ensayar.

Charlotte duró aproximadamente un mes en el club de Holborn antes de que la echaran porque una de las chicas la denunció por salir del local con dos clientes.

Una pareja joven. Con el aspecto más inocente que te puedas imaginar, dijo Charlotte. Habían ido al local tarde, una noche de viernes, el chico más contento que unas castañuelas y la chica excitada y asustadiza como si no hubiera

visto el cuerpo de otra mujer en su vida. El chico se había ofrecido a pagar por un baile, y su novia echó un vistazo y eligió a Charlotte. Quizá porque todavía no había comprado ropa de *stripper* como Dios manda ni se había puesto uñas postizas como las demás chicas. Era lo que hacía diferente a Charlotte. Era la única *stripper* que no lo parecía.

La chica se había excitado claramente a los pocos segundos. Su novio estaba colorado como un tomate. Charlotte se divertía pervirtiendo la inocencia y le halagaba la respuesta de los jóvenes a los movimientos de su cuerpo.

Se inclinó hacia delante, llenando el escaso espacio que quedaba entre ellos.

–¿Queréis venir a mi casa? –les susurró al oído.

Tras ruborizarse un poco más, ambos aceptaron, subieron los tres a un taxi negro y fueron al piso de Vauxhall. La propuesta de Charlotte de ir a casa de ellos en lugar de a la suya había sido rechazada inmediatamente.

La cara de su compañero de piso era un poema, dijo Charlotte, cuando abrió la puerta de su dormitorio por la mañana, sin llamar, para dejarle una taza de té y la encontró en la cama no con un desconocido sino con dos.

Ya no veía mucho a Charlotte últimamente. Londres tenía tendencia a tragarse a las personas, y mantener el contacto con la gente nunca había sido mi fuerte. Pero del club sí me acordaba.

El local de *striptease* no estaba, como podía esperarse, en un callejón oscuro, sino en plena calle principal, entre un Pret à Manger y una tienda de deportes. Unas puertas más abajo había un restaurante italiano donde fui una vez con un amigo, una cena memorable porque quemé la carta sin querer al sostenerla sobre la vela que habían colocado en el centro de la mesa.

La entrada estaba ligeramente oculta y el letrero de encima no era de neón ni estaba encendido, pero si mirabas

el lugar directamente, desde el cristal mate al nombre ridículo –Cariñitos– no había forma de confundirlo con algo que no fuera un club de *striptease*.

Empujada por una curiosidad repentina, apreté más fuerte el violín bajo el brazo, y empujé la puerta.

Estaba cerrada. Con llave. Seguramente no era tan raro que no estuviera abierto a las ocho y media de la mañana de un jueves. Pero yo volví a empujar la puerta, esperando que se abriera.

Nada.

Dos hombres pasaron lentamente en una camioneta blanca y bajaron la ventanilla.

–Vuelve a la hora del almuerzo, guapa –gritó uno de ellos.

La expresión de su cara era más de simpatía que de atracción. Con mi vestido negro, y el maquillaje de roquera de la noche anterior, probablemente parecía una chica desesperada por encontrar un empleo. ¿Y si lo era, qué?

Ya estaba hambrienta y tenía la boca seca. Me empezaban a doler los brazos. Apretaba fuerte el estuche del violín contra el costado, un tic que tenía cuando estaba preocupada o estresada. No me apetecía ir al restaurante francés sin ducharme y con la ropa del día anterior. No quería que el chef pensara que era una palurda.

Tomé de nuevo el metro a Whitechapel, fui caminando a mi piso, me quité el vestido y me metí en la cama. Puse la alarma del despertador a las tres, para poder tocar en el metro durante las aglomeraciones de la tarde.

Incluso los peores días, los días que sentía las manos torpes como si estuvieran llenas de salchichas y la cabeza llena de pegamento, encontraba la manera de tocar en algún lugar, aunque fuera en un parque con las palomas de público. No era tanto porque fuera ambiciosa, o porque quisiera hacer una carrera musical, aunque por supuesto

soñaba con que me descubrieran y me contrataran y con tocar en el Lincoln Center o en el Royal Festival Hall. Simplemente no podía evitarlo.

Me desperté a las tres sintiéndome descansada y mucho más positiva. Tengo un carácter optimista. Se necesita cierto grado de locura, una actitud muy animada o un poco de cada para trasladarte a la otra punta del mundo sin más que una maleta, una cuenta corriente vacía y un sueño. Mis bajones no duraban mucho.

Mi armario está lleno de ropa diferente para tocar en la calle, la mayor parte comprada en mercadillos y en eBay, porque no tengo mucho dinero. Casi nunca me pongo vaqueros, porque con una cintura proporcionalmente mucho más estrecha que las caderas, probarme pantalones me resulta tedioso, y por eso llevo faldas y vestidos casi siempre. Tengo un par de vaqueros cortados para cuando toco música country, pero aquel día sentía que era día de Vivaldi y Vivaldi exige un aspecto más clásico. El vestido negro de terciopelo habría sido mi primera opción, pero estaba arrugado en una pila en el suelo donde lo había tirado por la mañana, y necesitaba llevarlo otra vez a la tintorería. Así que elegí una falda negra hasta la rodilla, con un poco de cola, y una blusa de seda color crema, con un cuello delicado de encaje, que compré en una tienda de segunda mano, la misma de donde había salido el vestido. Me puse medias opacas y unas botas con cordones hasta los tobillos y tacones bajos. Esperaba que el efecto general fuera un poco recatado, victoriano gótico, el estilo que me gustaba y que Darren detestaba; él creía que lo *vintage* era para los aspirantes a modernos que no se duchaban.

Cuando llegué a Tottenham Court Road, la estación donde tenía un lugar reservado para tocar, el metro ya

empezaba a estar atestado. Me instalé en mi zona, contra la pared del fondo, frente a la primera serie de escaleras mecánicas. Había leído un estudio en una revista que decía que la gente estaba más dispuesta a dar dinero a los músicos callejeros si tenía unos minutos para decidirse. Así que era útil que estuviera situada donde los pasajeros pudieran verme mientras bajaban por la escalera mecánica y darles tiempo para sacar la cartera antes de pasar delante de mí. Tampoco estaba en medio de su camino, que era lo que parecían preferir los londinenses; les gustaba pensar que habían decidido desviarse para echar dinero en mi estuche.

Sabía que debía mirar a los ojos y sonreír y dar las gracias a las personas que echaban monedas, pero normalmente estaba tan perdida en mi música que a menudo me olvidaba. Cuando tocaba Vivaldi, era imposible que conectara con nadie. Si hubiera sonado una alarma en la estación, probablemente no me habría enterado. Me llevé el violín a la barbilla y a los pocos minutos los pasajeros desaparecieron. Tottenham Court Road desapareció. Estábamos solo Vivaldi y yo, hasta el infinito.

Toqué hasta que los brazos me dolieron y el estómago empezó a quejarse, ambas claras señales de que era más tarde del tiempo que había pensado quedarme. Llegué a casa a las diez.

Hasta la mañana siguiente no conté mis ganancias y no descubrí un billete rojo nuevo pulcramente metido en un pequeño desgarró del forro de la funda de terciopelo.

Alguien me había dejado cincuenta libras.